



Agnew y Nixon en los días triunfales de la convención republicana de 1968. Ahora el vicepresidente está viviendo lo que él llama «mi pesadilla»...

AGNEW: AGONIA DE UN VICEPRESIDENTE

A GNEW está viviendo lo que él llama «mi pesadilla». Su carrera política ha sido enteramente destruida, no sólo las esperanzas de ser candidato a la presidencia en 1976, sino las de poder continuar en su cargo actual de vicepresidente de los Estados Unidos. No está excluido que si los tribunales de justicia aceptan como buenas las pruebas que le acusan de corrupción y de evasión de impuestos pudiese ser condenado a una pena larga de cárcel. Los gastos de defensa —abogados y procedimientos— se calculan en medio millón de dólares. Asegura que no los tiene; pretende que se haga una suscripción pública para conseguir fondos con que pagar a sus defensores. Sus enemigos dicen que se trata de una argucia para demostrar que es pobre.

Hay una parte en este caso que es puramente humana. Es la aventura de un hombre que ha sido implacable siempre con sus enemigos, que ha mostrado el rostro más severo y autoritario de la política de los Estados Unidos —que tanto abunda en ellos—, que ha adoptado siempre una política de alta moral y ha atacado duramente a la prensa, a los intelectuales, a los jóvenes, y que ahora aparece como doble

fondo, mostrando bajo esa piel severa la posibilidad de un pícaro (hay en los Estados Unidos quienes mantienen que no es un doble fondo, sino una misma imagen: los que se enfrentan con las formas democráticas y la libertad de prensa es porque algo tienen que ocultar). Este hombre lucha ahora contra todos los enemigos que despertó, le abandonan los amigos y hasta los protectores (el Presidente Nixon, en su pesadilla propia, no quiere complicar su Watergate con el Baltimore de Agnew, aunque difícilmente podría resultar indemne si el vicepresidente fuese declarado culpable, por haberle elegido como compañero).

Pero hay otra parte que implica toda la política de los Estados Unidos. Agnew está ahora utilizando como sistema de defensa el hecho de que la justicia ordinaria no puede alcanzar al vicepresidente de la nación, por la existencia de unas inmunidades. La separación de poderes no permitiría que el judicial atacase al ejecutivo; un vicepresidente es un parlamentario, y goza de inmunidad. Su defensa actual se basa en impedir que continúen adelante los procedimientos judiciales iniciados en Baltimore, y que sea el Congreso quien lleve las acusaciones.

Unos meses antes, Agnew mantenía una postura distinta, incluso en el asunto de Watergate, y declaraba su confianza en la justicia del país. Pero en medio ha sucedido que el Departamento de Justicia ha determinado que Agnew sea juzgado. La disputa es Constitucional, y fuerza es reconocer que los precedentes, los textos legales, los comentarios de los juristas y de los constitucionalistas no aclaran nada. Permiten cualquier clase de embrollo. Incluso la posibilidad de que Agnew fuese procesado, juzgado y condenado sin dejar por ello de ser vicepresidente; apurando este extremo, podría llegarse a la incongruencia de que Nixon pudiese morir —o dimitir, o ser impedido para continuar su cargo— y Agnew ascendiese a la Presidencia de la nación sin salir de la cárcel. Más que en el fondo de la cuestión —si Agnew aceptó o no sobornos de constructores para encargarles obras públicas, si evadió o no los impuestos— el tema se ha derivado ahora hacia ese tema. Es su línea de defensa. Y, por lo tanto, la de no dimitir. Una dimisión le dejaría sin más defensa posible que la relativa a los cargos que se le imputan.

¿Es posible una transacción? Es decir, ¿es posible que el De-

partamento de Justicia, la justicia ordinaria, prometiese una suavidad en el juicio si Agnew dimitiese? Es uno de los temas que se supone que se están tratando en secreto. Como también es posible que el simple procesamiento sea suficiente para que el Congreso lance el «impeachment», el procedimiento por el cual sea desposeído de su cargo, de forma que cualquier sentencia vaya ya dirigida contra un ciudadano ordinario.

Nixon tendría entonces que nombrar otro vicepresidente. El que ahora aparece como favorito es John Connally —que fue demócrata y se pasó a los republicanos—; le siguen, por este orden, Barry Goldwater —de la línea dura—, Howard Baker, Nelson Rockefeller, Elio Richardson y William Rogers. Hay quien supone que todo este caso Agnew es una verdadera antesala del caso Nixon; cuando haya un vicepresidente que ofrezca más garantías de seriedad y de finura política, Nixon sería retirado por el Congreso, como final del caso Watergate, y el vicepresidente que se nombrase ahora sería presidente hasta las elecciones de 1976, con la cual quedaría saldada la crisis de poder sin producir una crisis de sistema. ■ J. A.